RECUERDOS CON HISTORIA, 116

DOS SABLES Y UNA REVOLUCIÓN

Una vez hubo una Revolución propiciatoria de que una buena parte de nuestro actual orden social proceda de ella.

Me estoy refiriendo a la Revolución Francesa iniciada en 1789 con la aparición de la llamada Asamblea Nacional y finiquitada en 1799 con el golpe de estado de Napoleón.

Fue, como es bien sabido, un cambio brusco, una transformación violenta de un estilo de gobernar un país con el fin de modificar los criterios del "Antiguo Régimen" dando completamente la vuelta al calcetín de los poderes que controlaban el quehacer diario de las gentes.

Aparecieron los "Cahiers de Doléances", la Bastilla, la Asamblea Legislativa, Los Derechos del Hombre, La Convención, los Jacobinos, los Girondinos… y sonaron los nombres de Desmoulins, La Fayette, Marat, Mirabeu, Robespierre… junto a otras circunstancias no menos conocidas como el Terror y la guillotina.

Pero ahora no es cuestión aquí de repasar todo este periodo sino de centrarnos en un par de objetos que, mal nos pese, lo protagonizaron en primerísima fila y, como consecuencia, nos hablan casi mejor que lo haría cualquier tesis doctoral sobre el tema.

He dicho y titulado *dos* pero ahora mismo he decidido, por varias razones histórico-sentimentales, que sean **tres.** Perdón por el aumento.

Allá por los lejanos años 60 del siglo pasado mi amigo Juan L. Calvó, que con tanta benevolencia me acoge en estas páginas, me puso en las manos varias láminas sobre armas blancas francesas recién publicadas en Francia. Formaban parte de unos cuadernos ("Cahiers" les llamó su autor) que con los años y en número de 30, conformarían todo un amplísimo y muy documentado estudio relativo a las espadas y sables usados en nuestro vecino país. El autor, Monsieur Christian Aries, acababa de iniciar una obra de arte, de marcado carácter histórico, con la ayuda de un excelente dibujante y *espadólogo* (en Francia se les llama *sabrólogos*) como es Monsieur Michel Pétard.

La conjunción de estos dos maestros, uno de la *pluma-histórica* y el otro del *pincel-militar,* dio como resultado las 300 láminas (10 por cuaderno) que tuvieron la virtud de introducir en este mundo a muchos novatos que andábamos más que despistados en menesteres de armas blancas francesas que, intuíamos, tanto influyeron en las hispanas.

Siempre he creído que durante los tiempos de la citada Revolución el arma blanca reglamentaria llegó a alcanzar el cénit de su perfección técnico-morfológica. Así lo insinuó C. Aries hace ya más de medio siglo. Sus "Cahiers", del I al XXX, siguen siendo tema de consulta muy potente y su edición, al completo, muy buscada por los expertos y los estudiosos galos.

Quiso el autor que, al finalizar la edición, las planchas originales de imprenta fueran destruidas para que no se editaran jamás. Respetada esta voluntad -difícil de entender para muchos- no es de extrañar que los 30 cuadernos anden buscadísimos en el país vecino. Ni se le ocurra a usted ir a Francia, afirmar que es

experto en arma blanca antigua y decir que no posee los 30 cuadernos.

-"*Otro disimulado fantasma* –dirán algunos en su lengua francesa, creyendo que no los entiende usted- *que no tiene ni minúscula idea ni roñoso conocimiento de armas blancas y, lo que es peor, no distingue un Camembert de Normandie de un Emmental de Savoie".*

Tuve la suerte de "pillar" en una librería parisina, en los años 80, la serie completa (cinco estupendos estuches a seis cuadernos cada uno más el libro del índice) la cual me ha acompañado fielmente hasta día de hoy. Obviamente, el señor C. Aries, con su mejor voluntad, no pudo escribir al cien por cien todo lo que abarca la amplísima y complicada historia de sus armas blancas. Con los años, han ido apareciendo otros investigadores que, teniendo los cuadernos como referencia, han ampliado, reafirmando o puntualizado lo que tan sabiamente expuso el insigne historiador.

Bien, vayamos al asunto. Se trata de la presentación de tres sables "Revolucionarios", de finales del siglo XVIII, que marcaron época dentro de la convulsa Historia que les tocó vivir. Los tres fueron producto de los gustos, la funcionalidad y los diseños de aquellos tiempos. Localizados en colección particular, los ofrecemos a los lectores.

El primero se trata de un sable corto para empleo de tropas de Infantería, concretamente de Granaderos, con lo que ostenta una granada llameante en el frontal de la guarda. Desde sus orígenes se le llamó "sabre de Mineur" pues estaba pensado para uso de los minadores de Artillería si bien acabó, con leves variantes de la guarnición, en manos de muchos otros cuerpos.

No obstante, hay que decir que en la Francia de 1789 las cosas no estaban ni disponibles ni preparadas en cuestiones de fabricación y suministros de armas blancas.

Faltaba de todo: forjadores, forjas, especialistas, controladores, materia prima… Por eso, cuando en 1792 la Asamblea Nacional proclama "*La Patria en peligro*", estaban ya dispuestos casi cien mil Voluntarios Nacionales. Voluntarios sí, pero sables no.

Un poco antes, el 12 de septiembre de 1791, un Decreto de la Asamblea Nacional había dispuesto, en su artículo primero:

"La Garde-Nationale de Paris estará compuesta de sesenta batallones, formando seis divisiones de diez batallones cada una. Cada división llevará en nombre de Legión."

Ante este panorama, y el que se avecinaba, no se podía ir con minucias ni con mal adecuar pequeños tallercitos de navajitas de bolsillo para que suplieran lo que no había: buenas y grandes manufacturas.

El Comité de Salud Pública no daba abasto a responder las numerosísimas demandas y las infinitas quejas: "*Los espaderos particulares, la mayoría especuladores y codiciosos, libran sables que se doblan como el plomo y se rompen como el cristal".*

¿Y la manufactura de Klingenthal? ¿No estaba preparada? ¿Qué ocurría en la única y cualificada manufactura de armas blancas disponible? Pues ocurría que estaban sumergidos, nada menos, que en un *multidesastre* seguido de un *polidescontrol.*

En 1793 el Comité descubre que la producción baja incesantemente, no llega materia prima, los obreros cobran poco y los oficiales directores ejercen de tiranos. En fin, un panorama desolador. Se debe reorganizar todo de arriba abajo. Un faenón.

El Comité se pone al tajo. Hay que cuadruplicar la producción de sables actuando en diversos campos de manera tajante. Por eso las disposiciones, muy severas, fueron las siguientes:

- Librar del servicio militar a todo obrero encargado de forjar acero.
- Crear nuevos establecimientos suministradores en Châtellerault, Thiers, Grenoble, Nogent y otros lugares más o menos especializados o con mínima experiencia.
- Enseñarles a trabajar tan profesionalmente como en Klingenthal.
- Designar nuevos y buenos controladores e inspectores.
- Aumentar sueldos al personal.

Sin embargo, dispuesto todo esto, las cosas no resultan tal como se ha previsto y hay que aceptar que las primeras hornadas de sables no pasan las pruebas de resistencia. Ni uno logra aguantar el preceptivo y contundente golpe seco sobre un objeto duro. Mal asunto. Hay que forzar la máquina porque los efectivos de Infantería y Caballería crecen sin cesar y los arsenales están más que vacíos.

Poco a poco los esfuerzos dan fruto y tanto en los talleres de Thiers como en los de Nogent las cosas mejoran gracias a los cuidados y consejos de un tal Monsieur N. Pradel. No ocurre lo mismo en Châtellerault cuyo fracaso en forjado de hojas es tan estruendoso que el 12 de Nivose de l'An III (1 de enero de 1795) el Comité dictamina el cierre de sus talleres. Los de Grenoble también.

Por suerte quedan los mejores, sitos en Thiers y Nogent, junto a los establecidos a toda prisa en Toulouse, Limoges, Saint-Étienne y otros lugares diversos. Por fin, los Voluntarios Nacionales, los

Guardias Nacionales, los Defensores de la Patria, la Caballería, los Dragones y resto de soldados dispondrán de muy buenas armas blancas.

Volvamos ahora a nuestro sable de Granadero que además de llamarse de “Mineur” también fue conocido, él y sus congéneres, como “petits Montmorency” caracterizados por su hoja de corta longitud y escasa flecha, que incluía leves vaceos por cara. La guarnición, como se puede ver en las imágenes, es con monterilla continua, aro y dos gavilanes.

Este tipo de sables “revolucionarios” equiparán casi todas las tropas de a pie haciendo salvedad de los diversos motivos decorativos de la guarda.

¿Y los oficiales? ¿Qué se pensó para la oficialidad? Dado que los oficiales eran “otro mundo” y la escala jerárquica imprescindible a pesar de los criterios de “igualdad” tan proclamados por los republicanos, se diseñaron para los señores oficiales toda una serie de “petits Montmorency” a cual más historiado y sobredorado.

Sus diseñadores no regatearon imaginación y aplicaron a las guarniciones toda la simbología republicana y todo el patriotismo revolucionario alumbrando un sinfín de excelsos sables que hoy en día, a más de dos siglos de distancia, son la admiración y el deseo de los estudiosos y los coleccionistas.

El que presentamos aquí es un clásico que resume muy bien buena parte del simbolismo más deseado en aquellos aciagos días. A la vista de su imagen casi que no se requiere explicación porque ver un fiero león, representante del pueblo, que con un enorme garrote tocado de gorro frigio, aplasta al dragón de la vieja monarquía, y a sus armas, ya es más que suficiente para

haber resumido, en un diseño, todo el sentimiento revolucionario de la época.

Para acabar, nos falta pasar revista a los sables de los más altos dignatarios del ejército: los generales.

Esta vez nada de "pequeños Montmorency" dado que los generales iban montados y eso requería, además de un sable especial y digno, una longitud de hoja apta para el combate a caballo. Es decir, algo vistoso, potente de aspecto y lujoso como pocos.

¡A trabajar, majos! Y no me alumbren un soplillo de sable que hay que armar a muchos oficiales generales entre los que destacan Moreau, Santerre, Soult, Verdier… y, por si fuera poco, a uno que llaman Napoleone Buonaparte que tiene un genio como para comerse crudos a todo el resto. Aquí no valen remiendos ni peladillas que si no sale bien, nos apañan vivos.

El resultado de los empeños fue espectacular. Por primera vez los generales dejaron sus espadas de ceñir (que era un "indigno signo aristocrático" para los revolucionarios) y pudieron ostentar un sable imponente digno de su empleo. Hay una frase de C. Aries que, en relación a este tema, dice: "*Estos sables de general no corresponden a ningún modelo, aunque sí responden a unas determinadas normas comunes".*

Fueron las que siguen:

1.- Hoja ancha y ligeramente curva, con vaceos y contrafilo en la punta. Generalmente estas hojas iban decoradas con pavonados azules y diversas figuras vegetales doradas.

2.- En la guarnición destacan una monterilla completa, un pomo en forma de un poderoso casco antiguo con crin, un puño

completamente cubierto de hilo torzal de cobre y un solo aro, tipo húsar, que en su parte externa va decorado con una hilera de esferillas llamadas “perlas”.

3.- La vaina es de latón con amplia profusión de múltiples adornos repujados que prácticamente varían con cada unidad.

Ese fue el resultado de los trabajos, generalmente de Solingen para las hojas, y de los talleres antes citados para el resto. Un sable muy marcial que llevaron con orgullo tan elevados personajes durante los años de la Revolución y tiempos algo posteriores incluyendo el Consulado y el Imperio.

Más de un general fue mortalmente herido en plena carga (el brillante general Louis Nicolas H. Chérin por ejemplo) al frente de los escuadrones, blandiendo su tan egregio y prestigioso sable.

De todo lo dicho anteriormente se desprende que ésas últimas no pueden ser piezas muy abundantes por lo que, en consecuencia, son difíciles de localizar. Hemos tenido ocasión de ver un ejemplar de general, de este tipo, en el Museo de l’Emperi, en Salon de Provence, otro en los Invalides de París y el que presentamos en este trabajo fruto del excelso mimo con que, hace bastantes años, lo cuida su propietario.

Algo más tarde, hacia finales de la Revolución y visto que los generales habían aceptado de buen grado su suntuosa arma blanca, el gran artista espadero N. Boutet, que trabajaba en Versalles, puso todo su talento en la mejora de estas distinguidas armas poniendo el acento en los aspectos más lujosos de cada uno de los componentes: pomo, monterilla, aro, cruz, guías, brocal de la vaina, aparejos y regatón.

No es de extrañar que esas joyas fueran las más caras y, en ocasiones, sólo al alcance de Mariscales de Francia con títulos de duque o marqués y el añadido, llegado el Imperio, de vastas propiedades campestres que generaban altas y seguras rentas.

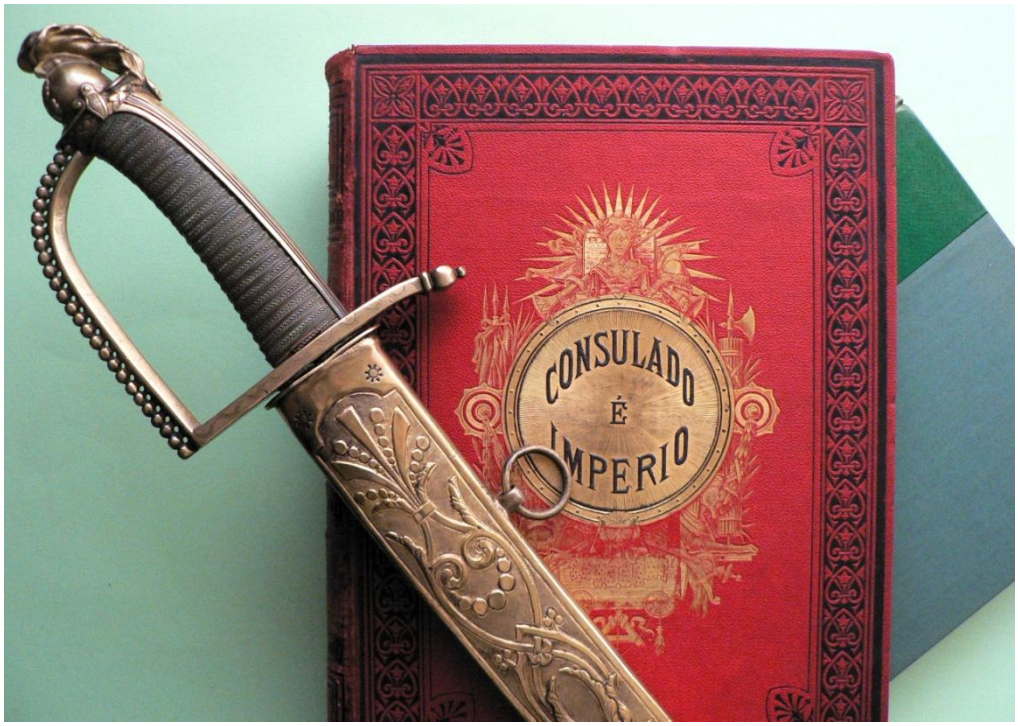
Vicente Navarro Serra
Junio, 2018

La conocida zarzuela "Cançó d'Amor i de Guerra" (Canción de Amor y de Guerra) se inspira en la época revolucionaria francesa de finales del s. XVIII. Sobre una partitura original se puede observar el sable francés de Granaderos del que hemos hablado.

Composición semejante y muy evocativa. Aquí podemos ver el sable para oficial en cuya guarda aparece un compendio de simbología revolucionaria.

Detalle del sable comentado. La imaginación del diseñador, que estuvo muy inspirado, no deja lugar a dudas: ***el "león del pueblo francés" machaca, a garrotazos republicanos, el "dragón del Antiguo Régimen" y toda su artillería.***

Monsieur Christian Àries, autor de los “Cahiers”.



El sable en cuestión. Bien pudieron estar orgullosos los oficiales generales pues sólo a ellos fue destinado este “modelo”.

Vista del satisfactorio resultado debido al estudio y diseño de diversos espaderos y artistas. En la plancha de imprenta adjunta se observan dos generales usando sendos sables al más elegante y lujoso estilo N. Boutet.

Impresionante punta con contrafilo.

En el arranque de la hoja, zona del lomo, se observa claramente la singular "S" floreada (una de las variantes) conformando la típica "firma" de la manufactura de Solingen.

El arma al completo. Todo un señor sable.